

He aprobado de todas veras el que haya ido á vivir con vosotros: escasa de bienes de fortuna, tú has debido tenderla una mano protectora; y recibéndola á vuestro lado, das á Eufemia una compañera digna y muy precisa á su edad: con vuestra tía podrá tu hermana ir al teatro, visitar y salir siempre que le sea necesario, dejándote á tí la conveniente libertad.

Así, pues, te lo repito: has hecho una acción noble acogiendo á esa pobre Baronesa, tan romántica y tan desgraciada, positiva é idealmente; pero vigila con cuidado á tu hermana, y observa si su carácter y maneras sufren alguna variación, debida al ejemplo é ideas de su tía; y si algo te choca ó te lastima, comunicámelo al instante.

Creo que tu tía se llamaba Águeda; pero ella quiso idealizar su nombre para escribir versos, y empezó á firmarse Galatea en los pésimos que hacía: ¿cómo se llama hoy? Ha sido muy bonita y muy coqueta: yo deseo que no sea ya ni lo uno ni lo otro, y que ahora sea lo que sus años exigen.

Adiós, hijo mío; dí á Eufemia que espero con impaciencia carta suya; dale un abrazo por mí, y recibe otro para tí, de tu madre

ANA.

II

Eufemia de Hinestrosa á la Marquesa de Valflores.

Madrid, Enero de 1865.

De muchas cosas tengo que hablarte, mi querida abuelita, y si he tardado algunos días en escribirte, ha sido porque quería hacerlo largamente, y no me dejaban sosiego para ello el cuidado de la casa y los nuevos quehaceres que me ha ocasionado la instalación de mi tía á nuestro lado.

¡Mi tía! ¡Cualquiera diría que me cuesta trabajo el mirar como cosa *mía* á esta señora que tiene ideas tan extrañas y tan extraño modo de ver todas las cosas!

La Baronesa es amable, casi con exceso; me colma de caricias y de halagos; pero ¡ay, abuelita mía, estas caricias dejan frío mi corazón! Son tan afectadas, tan repetidas (atendido á que nunca hasta ahora me ha tratado), son, por decirlo así, tan rebuscadas, que yo no sé corresponder á ellas, y permanezco confusa, callada y como atónita en presencia de sus extremos.

Voy á ver si puedo retratarte á la pluma, y aunque sea á grandes rasgos, á mi tía Galatea, según quiere que se la llame.

Figúrate una mujer de maneras distinguidas naturalmente, pero más que un poco teatrales por la afectación que les impone.

Su estatura alta y delgada parece sostenida con trabajo por dos piés muy pequeños y muy bonitos, que ella, á pesar de las exageradas colas de sus vestidos, tiene muy buen cuidado de lucir.

Mi hermano dice que la Baronesa está muy cerca de los cincuenta años, según lo que ha oído asegurar á algunos amigos de la familia; pero yo le he oído afirmar á ella dos ó tres veces, con una serenidad pasmosa, que acaba de cumplir treinta y cinco; y á la verdad, vestida, pintada como ella sabe hacerlo, empolvada y recurriendo á todos los engaños del arte del tocador, en el que me parece muy maestra, no aparenta ni siquiera la edad que confiesa.

Su nariz es un tanto larga, pero no fea; sus ojos, negros y lánguidos, no son hermosos, pero ella los maneja con tal arte y se pinta tan bien en sus ángulos una rayita negra, que parecen llenos de la luz de la juventud y del talento; lleva asimismo pintado el cutis de blanco y rosa, los labios de encarnado, y tiene una dentadura preciosa y blanca, que completan tres dientes postizos; éstos los vi ayer sobre su mesa de tocador, pues tuve la imprudencia de entrar cuando se estaba lavando, sin llamar antes á la puerta.

Su cabello, negro y escaso, se halla adicionado con algunos añadidos perfectamente dispuestos,

y además se lo riza todas las noches con una paciencia que yo no podría tener.

Su guardarropa es muy reducido, pero está dispuesto con tal arte é inteligencia, que mi tía parece la mujer más elegante del mundo, y, en efecto, lo es; tanto que dos veces que hemos salido juntas ha llamado la atención de todos.

Un día fuimos á paseo.

Anoche asistimos al teatro.

Para la primera de estas dos salidas se puso un traje negro, ya usado, pero cortado y hecho con la más perfecta elegancia.

Anoche llevaba un vestido de gro de color claro, un cuellecito de encaje con mangas iguales, y un aderezo muy sencillo de oro y perlas, compuesto de alfiler y pendientes.

Pero ¿cómo explicarte, abuelita mía, lo que aparenta este modesto atavío puesto en mi tía!

Imposible es: sólo viéndola se comprende la suprema elegancia que puede encerrar tan sencillo equipo; esa elegancia que consiste sobre todo en los detalles, en la postura, en el aire del cuerpo, en la distinción de los movimientos, en la calidad exquisita y la frescura del guante, en el suave perfume del pañuelo, en el corte del vestido y en la disposición de los cabellos.

Todos los gemelos se dirigían á la Baronesa, y yo oí á algunas personas preguntar á otras:

—¿Quién es esa encantadora mujer?

La Duquesa de B..., que se hallaba con sus

hijas en el palco inmediato al nuestro, dijo que era un modelo de elegancia y distinción; la Duquesa es amiga tuya, y sabes lo que vale su parecer en esta parte.

En fin, abuelita mía, tu pobre Eufemia parecía una señora mayor, y su tía la diosa de la hermosura.

Al salir del teatro había en el peristilo varios jóvenes viendo pasar á las damas que iban á buscar sus carruajes; pasamos nosotras, y uno de ellos dijo, cuando ya creyó que no le podríamos oír:

—Ya no le faltaba á la pobre Eufemia, que es tan desgarbada, otra cosa que la vecindad de esa adorable mujer: ¡vaya un talento que ha tenido Pablo Hinestrosa al elegir para su hermana esa dama de compañía! ¡Ahora sí que es peregrino el contraste!

—Debe ser extranjera, dijo otro de los presentes; sólo las francesas saben vestirse así.

—Y pintarse así, añadió un tercero.

—¡Eh! ¿qué importa que vaya pintada? observó el primero que había hablado; ¿no nos gusta que una mujer se ponga un lazo de cinta y se ondule el cabello? Pues la pintura es también una parte de adorno, y á la mujer debe perdonársele, con tal que se presente bella; ese es su deber.

Pasamos y no oí más.

Pero quiero confesarte, abuelita de mi alma, que casi lloré al oír que se burlaban de mí tan

descaradamente, y que tanto ponderaban las gracias de mi tía.

Esta me parece que sólo posee las perfecciones del tocador, porque su conversación no puede ser más superficial ni más tonta; sólo me habla de los países que ha recorrido y de lo feliz que fué en su matrimonio, pues aseguran que su marido la adoró siempre con locura; no lo dudo, si tenía la cabeza tan vacía como ella. Por lo demás, parece activa, servicial y dispuesta á agradecer y á recompensar con mil pequeños servicios la hospitalidad que Pablo le ha concedido; se levanta algo tarde, es verdad, pero en seguida ella misma arregla su cuarto con tanta prontitud, que no sé cómo lo deja tan bonito y adornado con tal coquetería.

Después da vuelta por toda la casa, y ya quita el polvo á una mesa, ya arregla los pliegues de una cortina, ya entorna las maderas de un balcón; todo tiene ahora otro aire que antes, y parece que hay en la casa más limpieza, más elegancia, más *comfort*, en una palabra.

Además de sus dos vestidos de seda, uno negro y otro de color claro, de que ya te he hablado, he visto que tiene otro de lana gris, con el que se viste en casa, y una bata para levantarse; á esto debe estar reducido todo su guardarropa.

Lo que me admira es ese constante deseo de ocuparse de sí misma, ese alto aprecio y culto que dedica á su persona: yo, á los diez y ocho años, no hallo ninguna noche un momento propicio

para rizarme el cabello, y voy peinada lo mismo que nuestra cocinera; tengo frío con un vestido ajustado, y paso el día envuelta en una bata de lana y además en un pañolón: ¿qué haré cuando tenga su edad? Me pondré un hábito de estameña y no me lo quitaré, no sólo por devoción, sino por comodidad.

¿Conque no quieres venir á pasar algún tiempo con nosotros? ¡Si vieras cuánto he llorado al leerme Pablo la carta que contiene tu negativa! ¡Dices que le quitarás á él su libertad! ¡Vaya una excusa! ¿Y yo, y yo, abuelita mía, que tanto te amo, que daría un año de mi vida por vivir á tu lado un mes? Pues bien; ¡si no vienes, me iré yo contigo! Sólo tú comprendes lo que vale tu hija... aquí mi hermano no me halla tal como desearía que fuese... él me quisiera coqueta, alegre, elegante... él me quisiera como es la Baronesa, y es imposible que se le asemeje tu

EUFEMIA.

III

Pablo de Hiestrosa á la Marquesa de Valflores.

Madrid, Enero de 1865.

A la verdad, abuelita de mi alma, ó mejor dicho, mi adorada madre, que me encuentro más inquieto y más intranquilo que nunca; sí, tu nieto

con su gran estatura, sus grandes bigotes y su *partido* con las damas, se halla tan perplejo y casi tan afligido como un niño de diez años.

Señora, madre y bienhechora mía, yo te llamaba y te llamo aún para poder depositar en tu noble pecho la amargura que va invadiendo el mío en locas y precipitadas olas: ¿por qué no vienes á nuestro lado? Negras sombras empiezan á envolver el horizonte de mi vida, y necesito de tu bondad, de tu talento, de tu fe cristiana, como el arbolillo sacudido por el huracán necesita el arriño de la robusta encina.

¡Oh, mi venerada abuela! ¡oh, madre mía! ¿por qué no son tus cabellos siempre rubios y hermosos como aun los conocí yo de niño? ¿Por qué en lugar de envejecer tú, no envejecemos Eufemia y yo, débiles é inútiles criaturas? ¡Yo quisiera, al besar tus venerables canas, trasladarlas á mi soñadora y calenturienta cabeza! ¡La tuya, donde reside tan augusta inteligencia, debía llevar etèrnamente la corona de la juventud!

¡Desde que te alejaste, mi valor huyó contigo, y en este año de fatal ausencia, las fuerzas de mi alma me han ido abandonando y cada día se ha ido nublando el sol de mi porvenir! ¡Yo quisiera que tú fueras á la vez mi madre, mi hermana, mi esposa! ¡Yo quisiera resumir en tí todos los santos amores de la existencia, porque tú eres lo más noble, lo más digno, lo más bueno que conozco!

El hielo del hastío invade todo mi sér; el pa-